

LA SOMBRA DE LAS HORAS

*****^{*}*****

Luis Miguel Morales Peinado



Círculo rojo – Relatos
www.editorialcircularojo.com

Primera edición: diciembre 2011.
Segunda edición: marzo 2012

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com
Colección *Relatos*

© Luis Miguel Morales Peinado

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.
Fotografía de cubierta: © - Fotolia.es
Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

Impresión: PUBLIDISA.

ISBN: 978-84-9991-560-9

DEPÓSITO LEGAL:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños.
Eleanor Roosevelt

La radio comienza a contarme cómo está la mañana. Parece que hoy hace ya calor y son las seis y media. El locutor empieza la frase antes de que el altavoz de la radio despertador se ponga en funcionamiento. Esta vez estoy despierto, no como otras mañanas en que los primeros murmullos, hasta que se convierten en palabras perceptibles para el oído, me encuentran dormido. Me levanto con una nueva incursión de no sé qué país en no sé qué país. Después de la ducha y el café subo la persiana del salón y contemplo la salida del sol para disfrutar de ese recreo diario que me da fuerzas para iniciar la jornada.

Las hojas que tienen el privilegio de coronar los árboles, reciben los primeros rayos. Se agitan, sin que una ráfaga de viento las mueva. Con los codos apoyados en el alféizar de la ventana y el cuerpo ligeramente adelantado, mi cara sobresale del muro y no recibe más que el quieto aire del amanecer. Miro hacia el asfalto, cuatro pisos abajo, y los coches circulan despacio, buscando que el semáforo cambie el rojo por el verde. Vuelvo a fijar la mirada en las verdes copas que me ocultan parcialmente los ladrillos rojos y blancos del

edificio que, frente al mío, ayuda a construir la avenida y rastreo la sombra que se dibuja sobre las paredes. En una de las ventanas aparece una mujer de la que creo distinguir sus ojos claros. Son muchos metros de distancia para poder apreciar su color. Ahora sí, una ráfaga de viento zarandea con violencia la sombra de las hojas sobre ella. En un instante, es iluminada por el sol para, en otro, volver a esconderse dentro del gris. Me convengo de que es la misma mujer, es imposible, no ha transcurrido el tiempo suficiente para que se intercambie con otra y, sin embargo, parecen tan distintas. No me abandona su imagen en todo el día. La luz y la sombra. La sombra y la luz.

Llega la noche y me siento delante de la pantalla del ordenador. En un documento de Word, en blanco, van apareciendo historias. Historias que me hablan de personas como tú y como yo. Historias que aparecen de entre la sombra que irrumpe tras el sol. Y dentro de cada una de ellas, como un destello, la pincelada de alguna vida. Doce historias y doce destellos que necesitan que tú los interpretes.

LA SOMBRA DE LAS
HORAS

FOTOGRAFÍA DE MUJER CON LOS
PIES DESNUDOS

La mujer de la foto sonreía, abrigada tras el cristal. Posaba recostada en un diván, acomodados sus pies descalzos sobre él. Acudí todas las tardes a contemplarla durante los tres meses que duró la exposición. La noche que la clausuraron no abandonó la sala hasta que apagaron las luces. Al salir, creyó escuchar un lejano ruido de vidrios rotos. Regresó a casa perdido por las calles bajo una suave lluvia. Abrió la puerta y pudo entrever cómo las huellas de unos pequeños pies mojados morían en la penumbra del salón.

I

Cuando el interventor golpeó la puerta del compartimento con los nudillos, estaba profundamente dormido. Al despertar recordé por completo el sueño en el que me veía inmerso. Como tantas otras veces me ocurría, instantes después se me borró hasta la última imagen de él, aunque me quedó un sabor muy agradable, de enorme bienestar. Lo que últimamente no era mi costumbre.

—Perdone, señor, en cuarenta y cinco minutos llegamos a París.

Entreabrí la puerta, descorriendo la cadena, y por la rendija recogí el billete y el pasaporte.

—Aún dispone de treinta minutos antes de que cierren el restaurante, señor.

—Muchas gracias. En cinco minutos estoy allí.

Por nada del mundo quería perderme el desayuno. El traqueteo nocturno del tren me había avivado el apetito. Por más que lo intenté no logré acordarme de nada de lo soñado. Me refresqué la cara con el agua del pequeño lavabo contiguo a la ventanilla y me vestí.

El coche de los desayunos estaba situado justo al lado del mío.

—Buenos días, señor. Puede colocarse en cualquiera de estas dos mesas.

Eran las dos únicas mesas que estaban preparadas. Comprobé que desde la de mi izquierda no podría contemplar la salida del sol. Elegí la de mi derecha. En ese preciso instante el sol apareció por encima de las chimeneas de las casitas unifamiliares que manchaban el paisaje. No tenían nada que ver con las construcciones que estaba acostumbrado a ver por la zona de la periferia de Madrid, estas tenían una arquitectura totalmente distinta. Me gustaban. Era mi primera salida al extranjero. Ya no me avergonzaría más cuando me preguntasen qué países conocía, por lo menos de Francia podría hablar.

El juego de luces que propiciaba el amanecer, al traspasar el recién nacido sol los cristales empapados por el rocío, le daba un tono mágico al vagón. Fue cuando la vi. Se llevó la taza a la boca y me miró con sus enormes y redondos ojos negros. La distancia no me permitió ver con claridad sus facciones. Estaba en la mesa del final del vagón, justo enfrente de mí.

—Caballero, ¿prefiere té o café?

Tan absorto estaba en aquella mujer que no advertí al camarero acercándose con la bandeja del desayuno.

—Perdón. Café. Con leche templada, por favor.

Mi mirada regresó hacia ella y ya solo vi su figura desaparecer por la puerta que daba al vagón cafetería. Apenas si degusté el exquisito cruasán. No dejaba de pensar en aquella mujer.

El tren se detuvo y bajé de inmediato. Pasé al lado del vagón cafetería y comprobé que había tres coches más hasta llegar a la locomotora.

Aflojé el paso. Ella debía de salir de una de esas puertas. Pero no la vi. Al acabar el andén paré y me volví. Tampoco la vi entre la gente que, cargada con sus maletas, se acercaba hacia donde yo

estaba. En ese momento intenté recordarla en el placentero ensueño que había concluido bruscamente el interventor.

“Esto de cambiar de país no te ha sentado muy bien”, pensé, y con ello di por finalizada la búsqueda.

Ya me habían advertido que el Metro de París circula en dirección contraria al de Madrid. Mejor dicho, en Madrid hacemos como los ingleses, al revés del mundo, pero solo con el Metro. Los trenes entran en la estación por la derecha. En París por la izquierda. No me resultó tan extraño. La verdad es que siempre he tenido el problema de no saber por dónde aparecen los trenes. Debía bajarme en “Grands Boulevards”. Allí tenía reservada la habitación, en un hotel de tres estrellas de una cadena española. Me habían hablado muy bien de él. Estaba situado a la salida de la boca del Metro, en la esquina de la “rue” Montmartre con el “boulevard” del mismo nombre.

Resulta agradable decir buenos días y que te contestasen “buenos días”. Sobre todo para alguien que la única lengua no materna que conoce, y poco, es el inglés. No tuve que hacer uso de mis cuatro frases prefabricadas en el idioma de Shakespeare.

Al volver a poner los pies en la calle experimenté una sensación nueva, de caminar por otro mundo, por otro planeta. Hasta el aire me parecía distinto. Y no dejaba de ser una gran ciudad, como Madrid. Era la primera vez que me separaban más de mil doscientos kilómetros de mi gente. Notaba la distancia en cada movimiento, en cada mirada. Decidí perderme el resto del día entre las grandes avenidas y los parisinos.

II

Comenzar el día con ese dulce sabor de boca no era lo habitual en mí. Pero otra vez, para mi fortuna, me había ocurrido. Ni rastro de alguna escena que pudiese darme la pista para poder desengranar el sueño. Aunque rondaba por mi cabeza con más fuerza la figura de la mujer del tren.